

3

La televisión presidencialista en Colombia, 1954-1974



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



AÑOS

1930 - 2020

La televisión presidencialista en Colombia, 1954-1974

José Vicente Arizmendi Correa

Noventa **ideas**

Noventa **ideas**

TEl 1.º de octubre de 1930, 163 años después de que los jesuitas fueran desterrados de los dominios españoles de Carlos III, se firmó el acta de fundación de la Universidad Javeriana, honrada con el título de *pontificia* en 1938. En ese momento, se dio vida al impulso de la Universidad por hacer parte de una sociedad basada en el saber y el reconocimiento del otro. Con un espíritu pionero e innovador, esta etapa contemporánea tiende un puente que se extiende hasta 1623, cuando se reconoció oficialmente y por primera vez la que se denominaría en los tiempos coloniales como universidad y academia de San Francisco Javier.

En 2020, cumplidos 90 años del Restablecimiento de la Pontificia Universidad Javeriana, la Colección 90 Ideas rinde homenaje al pensamiento crítico y al diálogo de saberes que han caracterizado a esta casa de estudios desde sus inicios. Los ensayos originales que el lector encontrará en esta colección son una invitación a seguir pensando y construyendo de forma continua el mundo en que vivimos.

Contenido

Visitante indeseable	19
Cómo llenarla	21
Novia con pretendientes	23
Paternidad irresponsable	26
Época gris	30
Mal de muchos	37
Pubertad súbita	39
Balance	46
<i>Bibliografía</i>	54
<i>El autor</i>	58

Durante más de treinta años, la televisión colombiana padeció unos defectos de nacimiento y mala crianza que le impidieron desarrollarse y la convirtieron en un monstruo pesado y encerrado en sí mismo, centralista, inseguro y anticuado. A Colombia llegaron tarde la conexión a los satélites, las grabadoras de video, la televisión en color, los canales regionales y la libertad creativa para los generadores de contenidos. Por razones políticas, el país apostó infructuosamente a una fallida televisión educativa y cultural, un proyecto idealista e ingenuo que habría requerido cuantiosas fuentes de financiación con las que no se contaba. Los funcionarios gubernamentales tenían capacidad de escoger el tipo de telenovelas que debían producirse y hasta el estilo de las series estadounidenses que debían programarse. El origen de estos y otros males fue la relación malsana que se estableció desde un comienzo entre el medio y la Presidencia de la República. La televisión tardó más de tres décadas en cortar ese cordón umbilical que la ataba con el Poder Ejecutivo, una tara que surgió desde el momento en que aparecieron en pantalla las primeras imágenes.

La televisión colombiana nació en 1954, en el seno de una dictadura militar, y su infancia se extendió hasta 1963, cuando fue creado Inravisión, un instituto que, como veremos más adelante, prolongó la “marca de nacimiento”. Aunque el régimen castrense solo duró tres años, los dos

gobiernos siguientes, una Junta Militar de transición de un año y el cuatrienio civil de Alberto Lleras Camargo, prácticamente dejaron a la televisión colombiana a la deriva.

En una entrevista publicada por la celebración de los cincuenta años de existencia del medio en el país, el director, actor y libretista Bernardo Romero Pereiro lo explicó de manera contundente: “La televisión colombiana se montó a las carreras, porque era una orden del general Rojas Pinilla a Fernando Gómez Agudelo. Como Dios: hágase la televisión el día 13 de junio de 1954. No sé cómo diablos logró instalar equipos, cámaras, estudios y además dos transmisoras, una en Bogotá y otra en Manizales. Encima de todo, el general quería hacer un control remoto desde Tunja, porque él era boyacense. Fue una aventura tremenda que yo todavía, después de 50 años, no me explico cómo se logró”¹.

—
12 ¿Qué reacciones generó entre el público el nuevo artefacto? Algunos sectores de la población colombiana habían gestado expectativas sobre la televisión, por informaciones esporádicas de los periódicos, por el cine o por testimonios de personas que la habían visto en otros países de Latinoamérica y Europa o en Estados Unidos. La novedad de los primeros aparatos, que se exhibían en las vitrinas de los almacenes y en algunos lugares públicos, mereció un insólito artículo

1 Inravisión, *50 años de la televisión*, 78.

del periódico gobiernista *Diario de Colombia*, el 1.º de junio de 1954, que destacaba “el gran asombro de las rayas emitidas por la televisión”².

Tres investigadores de este periodo, vinculados con la Pontificia Universidad Javeriana de Cali, consideran que en esos años iniciales hubo en realidad “más televisores que televisión”. Entrevistaron a 31 habitantes de Cali que durante los primeros 16 años de la televisión de esa ciudad fueron niños, jóvenes o adultos. Muy pronto se dieron cuenta de que la memoria personal giraba más en torno al televisor (como mueble) que a la televisión (como medio de comunicación), y que dichos recuerdos no se equiparaban, al menos en los años cincuenta, con la importancia de otras industrias culturales de mayor trayectoria en la ciudad, como la radio, el cine y los medios impresos. Uno de los testimonios es verdaderamente excepcional: “antes de que llegara la televisión a Colombia compramos un televisor, por unas circunstancias especiales que hubo. Un grupo de personas que estaban ligadas al transporte tuvieron la oportunidad de importar televisores, como en el año 52 o 53, a unos precios especiales. Entonces en la casa tuvimos televisión antes de que existiera la televisión en

2 Ramírez, “El gobierno de Rojas y...”, 142.

Colombia, y de vez en cuando sintonizábamos canales de República Dominicana y de Cuba”³.

Otro caso interesante, que ayuda a ilustrar el espíritu de la época, es el del ya mencionado Bernardo Romero Pereiro, cuyo padre era empleado de la Presidencia de la República.

Yo era el único “pelao” del barrio que tenía televisor en la casa antes de que empezara la televisión. Todos los amigos de los edificios aledaños se reunían en mi casa y encendíamos el televisor, pero ahí todavía no salía nada. Sólo se veían unas líneas, como cuando ahora se va la señal. Nos quedábamos como unos “pendejos” mirando el aparato, pero no se veía nada. Y de pronto, un día nos sorprendió cuando se vio una imagen. Yo creo que esa fue la primera imagen que salió al aire, que yo recuerde, en Colombia. Fue como 15 días antes de que apareciera la televisión oficialmente. Era una imagen transmitida desde los almacenes de J. Glottmann, en la 24 con 13. [...] Yo estaba solo, y recuerdo que gritaba por la puerta del apartamento a mis amigos y nos sentamos ahí, sin sonido, mirando una imagen quieta. Y pasaba la gente, se paraba y luego seguía y esto duró media hora y se cortó. Ese fue

3 Rodríguez, Rodríguez y Sevilla, “Más televisores que televisión...”, 153.

mi primer contacto con la televisión, 15 días antes de salir al aire.⁴

También es revelador el caso de Fernando González Pacheco, quien sin saber que tres años más tarde dedicaría su vida a trabajar en el nuevo medio, en 1954 se asoció con su hermano para regalarle un televisor a su padre, justo un día antes de la inauguración:

era un aparato Phillips que compramos de contado Rafael y yo para regalárselo a papá. Sabíamos que iba a ser para él un regalo magnífico, porque papá era tipo que llegaba a las seis de la tarde a la casa y no salía de allí hasta las ocho de la mañana del día siguiente. El televisor llegó el 12 de junio de 1954 a la casa de la calle 18, víspera de la primera transmisión, y lo instalamos en la sala. Mi papá nunca aceptó que el televisor estuviera en la alcoba porque tenía un concepto medio espartano de las cosas.⁵

—
15

Estas anécdotas, en realidad, no dibujan experiencias muy distintas a las de otros países. En Argentina, donde hubo televisión desde 1951, uno de los primeros televidentes le narró escenas similares a la investigadora Mirta Varela:

4 Inravisión, *50 años de la televisión*, 78.

5 González y Samper, *Me llaman Pacheco...*, 19.

“De lo que mejor me acuerdo era de lo mal que se veía. Se veían rayas, rayas y rayas, y todo el mundo seguía mirando las rayas como hipnotizado. No se veía nada, pero nadie despegaba los ojos ni apagaba el televisor. Porque venían mal calibrados, aparte no teníamos antenas. No sé qué tal serían los televisores y las transmisiones. No sé, pero me acuerdo que era desastroso cómo se veía”⁶. Y en otras latitudes, incluso en Estados Unidos y Europa, es posible encontrar testimonios similares.

Pero estos televidentes pioneros eran escasísimos, como suelen ser quienes adoptan precozmente todas las innovaciones. El grueso de la población enfrentaba la natural incertidumbre sobre las ventajas y desventajas de invertir una porción considerable de los recursos familiares en una novelaría. Aun con subsidio del Gobierno —que aspiraba a implantar la televisión como parte de un complejo sistema de propaganda que abarcaba también el cine, la radio y los periódicos—, la cuota mensual de un televisor comprado a crédito a finales de 1954 podía costar 10 pesos, cuando el salario mínimo apenas llegaba a los 60 pesos.

Pese a ello, el jefe del Gobierno anunció en enero de 1955 que se destinarían 5 millones de pesos (equivalentes a 19 500 millones de pesos de hoy) para instalar 11 transmisores, financiar “por lo menos ocho programas educativos, de

6 Varela, *La televisión criolla...*, 57.

36 que existían, y darle especial importancia al *Teleteatro* con la presentación de obras del teatro universal". El dinero también debía alcanzar para construir estudios y ampliar las transmisiones a 15 horas diarias, con programas deportivos y contenidos para las amas de casa. Pero cuando cayó Rojas Pinilla, de manera tan abrupta como subió al poder, solo se había podido ampliar la señal a algunas zonas del centro del país y al departamento del Valle del Cauca.

Las aspiraciones del Gobierno para masificar aceleradamente la televisión eran desproporcionadas. En términos realistas, las posibilidades de crecimiento de la audiencia televisiva tenían un techo todavía muy bajo. En Colombia había a mediados de los años cincuenta unos 2 millones de hogares, predominantemente pobres. Solo un 15 % de los habitantes podía clasificarse como de clase media, según una investigación del economista francés Louis Lebreton publicada en 1958⁷. La electricidad domiciliar era inestable y no alcanzaba a cubrir ni siquiera la mayoría de los hogares urbanos⁸, en un país cuyos pobladores vivían en un 70 % en zonas rurales. Eso nos da unos 80 000 hogares potenciales

7 Fresneda, "Evolución de la estructura...", 227.

8 Los sistemas eléctricos eran locales. La interconexión nacional estaba todavía lejana y un obstáculo importante era que, mientras la parrilla eléctrica en Bogotá funcionaba a 150 voltios, la del resto del país operaba a 110 voltios.

en todo el territorio nacional. Si adicionalmente tomamos en cuenta que la señal solo llegaba a Bogotá, Manizales, una porción de Medellín, algunos sectores del centro del país y de Cali, se entiende por qué no se alcanzaron a vender los 59 200 televisores importados por el Gobierno y algunas empresas particulares durante los tres años del régimen militar.

Sin embargo, el *Diario de Colombia* (dirigido por el yerno del general jefe supremo, Samuel Moreno Díaz), informaba a finales de 1954 que la campaña de venta del Gobierno había sido muy exitosa, hablaba de extensas colas frente a los almacenes y oficinas del Banco Popular y aseguraba que en la víspera de Navidad se habían vendido “mil televisores Emerson” en Bogotá⁹. Por su parte, la revista *Semana* reportaba por la misma época que “el gobierno con facilidades de pago y a precio de fábrica (\$ 354) ha vendido en solo 15 días cinco mil aparatos. Y cree dejar instalados 50 000 en total en este año”¹⁰. Después de la primera importación de 1955, cuyo contrato con la Philips incluyó un posible soborno de 100 000 dólares al “primer yerno” de la nación, el régimen siguió ordenando cuantiosas compras a compañías europeas y estadounidenses¹¹.

9 Ramírez, “El gobierno de Rojas y...”, 144.

10 Vizcaino, *Historia de una travesía...*, 31.

11 Donadío, “Samuel %”.

Visitante indeseable

El orden de aparición de los electrodomésticos en los hogares colombianos comenzó por la estufa, después el radio, la nevera y el televisor¹². Por distintas fuentes se sabe que la sala fue el primer lugar del televisor en la casa¹³, fenómeno documentado también en Estados Unidos y varios países de Europa y Latinoamérica, que se explica por la falta de espacio en la habitación principal, donde debía competir con el tocador, la máquina de coser, las dos mesas de noche, uno o dos roperos y un armario. Para facilitar la incorporación del nuevo electrodoméstico al hogar, los fabricantes decidieron construir televisores con cuerpo de madera, que armonizaban con los muebles de la sala, e incorporaron radio, tocadiscos y, en un caso fallido, ¡hasta estufa! Las consolas de entretenimiento multimedia que hoy nos parecen tan avanzadas tuvieron su inicio en aquella época en la que los televisores venían insertos en un cajón con cuatro patas que servía como superficie de soporte para floreros, porcelanas artísticas, carpetas bordadas y otras piezas decorativas que se utilizaban entonces.

12 Rodríguez, Rodríguez y Sevilla, “Más televisores que televisión...”.

13 Y aunque hoy parezca risible, también muchas de las primeras neveras estuvieron en la sala, en gran medida porque en la cocina no había espacio suficiente ni tomacorrientes.

Sin conquistar el criterio estético de las amas de casa habría sido imposible masificar el nuevo medio, pues ellas sentían una fuerte resistencia contra ese aparato grande y desangelado que no combinaba con ningún otro objeto del espacio hogareño.

No era suficiente con el entusiasmo de los pioneros ni con la terca voluntad del Gobierno. Era indispensable generar un contenido atractivo, que motivara a los ciudadanos a cambiar su apego a la radio, que era la principal fuente de entretenimiento e información en los hogares. Al régimen le empezó a ocurrir lo del viejo chiste de la nevera: una cosa es conseguirla y otra mantenerla llena. El dilema del Gobierno era retener la televisión como instrumento de propaganda, educación y control (lo cual implicaba sostenerla), o entregarla a empresarios particulares, de la radio o la publicidad, que la convertirían irremediablemente en un vehículo comercial.

Cómo llenarla

Durante una visita a Berlín, entre marzo y septiembre de 1936, Gustavo Rojas Pinilla había quedado maravillado con la televisión de los nazis. El ingeniero colombiano Joaquín Quijano Caballero, vinculado al medio en ese país, lo llevó a observar los primeros ensayos del color. Ese modelo estatal propagandístico era muy costoso para un país pobre como Colombia, a pesar de que los primeros años solo había señal dos o tres horas al día, por un único canal y era “en vivo”. En el primer semestre de 1955, solo siete meses después de creada, el Gobierno propuso a los dueños de las cadenas radiales RCN y Caracol que constituyeran una empresa para vender espacios comerciales (cuatro minutos entre programa y programa) y generar así ingresos para los contenidos producidos por el Estado. De esta forma nació la comercializadora TVC en agosto de ese año.

En ese lapso surgieron, entre otros, los programas *Yo y Tú* (una versión criolla de la exitosa comedia estadounidense *I love Lucy*, según Alfonso López Michelsen¹⁴), que comenzó emisiones el 22 de marzo de 1956 y estuvo al aire durante veinte años; el *Teleteatro* de Bernardo Romero Lozano; las revistas musicales de *Pielroja* y *Singer*; los concursos *Gáñele al reloj con Philips* y *Conteste y Dana le paga*. Y

14 Caracol Televisión, *40 años más cerca...*, 11.

también una rareza de la televisión mundial, *El minuto de Dios*, del sacerdote Rafael García Herreros, que empezó a emitirse el 10 de enero de 1955 y sobrevive hasta hoy.

Sin embargo, el experimento de TVC solo duró un año y medio y, aunque arrojó cuantiosas ganancias, a partir de diciembre de 1956 las diferencias de criterio entre los empresarios privados y los funcionarios estatales llevaron a liquidar el contrato. Según Julio E. Sánchez Vanegas, presentador y luego programador, el origen de los desacuerdos fue la censura que abarcaba “la letra de las canciones, las narraciones, comentarios de los animadores, hasta el vestuario de los artistas”¹⁵. Disuelta la sociedad, el Gobierno optó por arrendar espacios directamente a las agencias de publicidad.

¹⁵ Sánchez, *Historias al aire*, 25.

Novia con pretendientes

La idea de traer la televisión al país circulaba desde hacía algún tiempo, pues ya funcionaba en Cuba, Brasil, México, Argentina y Venezuela. A comienzos de los años cincuenta, Alfonso López Michelsen, directivo de la cadena radial Caracol y luego presidente de la república, estuvo en Francia y Alemania indagando sobre el manejo y los costos del nuevo invento. Él y sus socios pensaban utilizarlo para promover productos de consumo masivo, que la gente compraría por teléfono (como años después lo hicieron las “televentas”). Los impulsores del proyecto, entre quienes estaba también Fernando Londoño Henao, gerente de Caracol Radio, pidieron una licencia para montar un canal al general Gustavo Berrío, ministro de Comunicaciones del gobierno militar, y propusieron que el Estado vendiera televisores con una cuota de subsidio, “tal vez la misma concepción de subsidio que acogieron tiempo después, cuando montaron la televisión oficial”, según dijo décadas más tarde Londoño Henao¹⁶.

Por otro lado, Rafael Fuentes, uno de los pioneros de la radio en Colombia, había propuesto en 1951 implantar un canal local en Barranquilla, en alianza con empresarios extranjeros. Dos años más tarde hubo un intento similar

16 Caracol, *40 años más cerca...*, 16.

de Hernando Cala, un ciudadano particular, para crear canales en Bogotá, Cali, Barranquilla y Medellín. Sin embargo, el Gobierno central rechazó estas solicitudes.

La televisión nació en Colombia como un apéndice del jefe del Ejecutivo y ni siquiera estaba adscrita a algún ministerio. “Era estatal y no existían ni las programadoras ni mucho menos los canales privados. Había solamente un canal y la programación se diseñaba directamente en el palacio de San Carlos. La parrilla estaba compuesta en un setenta por ciento de películas gringas y un treinta por ciento de programas culturales nacionales, entre dramatizados, musicales y de concurso”, según palabras del actor y director Alí Humar¹⁷. Recordando su infancia, en Buga, el ciudadano Alberto Peñaranda tiene la sensación de que la televisión de 1956 consistía únicamente en “misas, discursos de Rojas Pinilla y carreras de caballos”¹⁸. Y Bernardo Romero Pereiro complementa: “Nosotros íbamos a cobrar al Palacio Presidencial todos los meses, directamente a la Presidencia de la República”, por eso, cuando cayó Rojas Pinilla, en mayo de 1957, la televisión dio un giro de 180 grados: “se acabaron todos los programas culturales, teatrales, musicales y se acabó esa televisión educativa dirigida a los

17 Humar, *Es mi versión y...*, 35.

18 Entrevista con el autor, 25 octubre 2020.

niños y nos quedamos sin trabajo niños y adultos. Se acabó la plata para hacer televisión”¹⁹.

¹⁹ Inravisión, *50 años de la televisión*, 80.

Paternidad irresponsable

A pesar de no acceder al poder a través de elecciones democráticas, en un comienzo Gustavo Rojas Pinilla recibió el apoyo entusiasta de los dos partidos mayoritarios, Liberal y Conservador, así como de la Iglesia. Un golpe de suerte del comercio exterior dio un impulso inicial al nuevo gobierno, pues el precio del café, principal producto de la economía, subió repentinamente en 1953 por las heladas en el Brasil.

En estas circunstancias el mandatario recién posesionado desarrolló pronto una gran sensibilidad frente a las críticas y no tardó mucho en comenzar una larga y destructiva guerra contra los periódicos, que sufrieron una oleada de censura tan drástica como la de su antecesor, Laureano Gómez. Con apenas tres meses en el poder hizo cerrar *El Siglo* por publicar cartas en las que el propio Gómez denunciaba el gobierno militar por ilegítimo y utilizó las mismas razones para suspender la novel revista *La Unidad*, en marzo de 1954. Al año siguiente, en agosto, la víctima fue *El Tiempo* y en febrero de 1956, *El Espectador*. Los dos periódicos sustitutos, *Intermedio* y *El Independiente*, también cayeron bajo el yugo de la censura oficial.

Cuando llegó el momento de inaugurar la televisión, aunque había transcurrido un año de gobierno, el desgaste con la prensa no se había trasladado todavía a la

generalidad de la población, en su mayoría analfabeta y de bajos recursos económicos. Con todo, la primera transmisión estuvo en riesgo de no llevarse a cabo el día previsto no por problemas técnicos u organizativos, sino de orden público. El programa inaugural formaba parte de una ambiciosa campaña nacional, orquestada desde la Oficina de Información y Prensa del Estado (Odipe), que ordenó a todos los alcaldes del país crear comités cívicos para celebrar el primer año del gobierno de Rojas Pinilla con desfiles, conciertos e inauguración de cualquier clase de obras públicas, a las que debía ponérseles el nombre de “13 de junio”. El propio Gobierno se vio obligado a cancelar muchas de las actividades previstas, después de que el Ejército y la Policía mataron a tiros a nueve estudiantes desarmados, e hirieron a cuarenta más, quienes participaban en las marchas callejeras del 8 y 9 de junio, en Bogotá. En los días siguientes fueron arrestados 200 líderes comunistas y socialistas, entre ellos Gilberto Vieira, Gerardo Molina y Antonio García, tras lo cual se explicó “a una incrédula nación que agentes provocadores comunistas y laureanistas se habían infiltrado entre la muchedumbre y habían obligado a los soldados a disparar”²⁰. Increíblemente, estos hechos trágicos menguaron un poco la popularidad del presidente dictador, que rápidamente condenó los

20 Henderson, *La modernización en Colombia...*, 539.

asesinatos y ordenó hacer una investigación sumaria, tras la cual se castigó a 27 soldados y 18 policías “por disparar sus armas sin provocación suficiente”.

Así que, sin importar “el velo de tragedia que cubría ese 13 de junio, la inauguración de la televisión no dejó de ser un gran evento, por lo menos en Bogotá, donde la población se debatía entre la tragedia de esos días y las conmemoraciones que el presidente no quería dejar pasar”²¹.

Mientras el gobierno militar desplegaba sistemáticamente estrategias de corte populista para controlar la opinión nacional, que fueron perdiendo eficacia a lo largo del trienio, en el frente internacional Rojas Pinilla jugó bien su papel como aliado de los intereses de Estados Unidos en medio de la Guerra Fría: elogió por igual la lucha anticomunista del general Francisco Franco en España y del dictador nicaragüense Anastasio Somoza, a quien homenajeó en un banquete en octubre de 1953 en Bogotá.

Al hacer un balance del periodo de Rojas, distintos historiadores coinciden en que fue una oportunidad perdida para Colombia. “Lo que la floreciente sociedad colombiana requería en 1953 era un gobierno que ofreciera espacio político tanto a los contendores de poderes emergentes como a los arraigados intereses tradicionales. Lo que ganó fue un dirigente de limitada capacidad, quien en lugar de ofrecer

21 Ramírez, “El gobierno de Rojas y...”, 145.

al país un gobierno pluralista y democrático, se hizo cada vez más autoritario. Rojas pronto se aficionó a la presidencia y a sus privilegios”²². David Bushnell lo resumió así:

El general Rojas Pinilla podría haber sido un mejor presidente si, tal como lo creía (Laureano) Gómez, se hubiera apoderado del gobierno como consecuencia de una conspiración cuidadosamente madurada, en vez de recibir el poder de manera imprevista. Estaba poco preparado para el cargo y de hecho parece no haber tenido un verdadero programa de gobierno, si se exceptúan generalidades sobre la necesidad de adelantar la regeneración moral del país y la estricta adhesión a los ideales de Jesucristo y Simón Bolívar. La creación de un ‘Estado Cristiano y Bolivariano’, en palabras del propio general, pronto emergió como su filosofía política básica, pero su significado preciso estaba lejos de ser claro.²³

22 Henderson, *La modernización en Colombia...*, 536.

23 Bushnell, *Colombia, una nación a...*, 292.

Época gris

Todos estos avatares políticos fueron nefastos para la recién nacida televisión y contribuyeron a ahondar cierto escepticismo natural frente al nuevo invento. El enrarecido ambiente de censura y de orden público comenzó a ahuyentar a algunos entusiastas iniciales, uno de los cuales fue el entonces locutor radial Julio E. Sánchez Vanegas, maestro de ceremonias en la transmisión inaugural y cercano en un principio al gobierno militar por razones de oficio:

A finales de 1955 la situación se estaba poniendo muy delicada con el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla, pues sus asesores habían cambiado sus estrategias y la gente estaba muy inconforme. Llamaron a la emisora para que transmitiéramos un desfile, homenaje tipo plebiscito al general, y yo ubiqué en el transmóvil a Julián Ospina, quien cumplía la orden bajo un pánico impresionante; fue tanto el susto que cuando le tocó narrar el paso del desfile por la carrera Séptima con avenida Jiménez dijo: ‘Seguimos con este desfile apoteósico en el homenaje póstumo al general Gustavo Rojas Pinilla’. Iban a cerrar a RCN y Enrique Ramírez, gerente y propietario, me llamó energúmeno reclamándome que eso parecía intencional.

Todos temblábamos del susto. Ahí fue cuando resolví irme a estudiar a México.²⁴

Según la historiadora Lina Ramírez, el fin de la dictadura trajo “una gran campaña de desprestigio hacia la televisión, en la que se le calificó como un órgano bajo el absoluto control estatal y divulgador exclusivo del proyecto político del gobierno”²⁵. La venta de televisores se frenó casi por completo y la producción de contenidos quedó a la deriva. Se empezó a hacer una televisión pobre, porque no había anunciantes ni dinero para producción y los recursos técnicos eran muy escasos. Los espacios se rellenaron con programas humorísticos de mala calidad, que desplazaron a los dramatizados. “Fue muy difícil esa época”, según Romero Pereiro, “porque los programas dramatizados en el gobierno de Rojas Pinilla eran diarios. Eran muchas las obras, desde el teatro griego hasta obras colombianas, que se montaban. Era una cosa intelectualmente importante, al punto que la gran mayoría de grupos de teatro que surgieron eran de gente que salía de la televisión y no al revés. Entonces todos los que trabajábamos ahí lo hacíamos con mucha pasión, era una cosa importante, una cosa seria”²⁶.

24 Sánchez, *Historias al aire*, 29.

25 Ramírez, “El gobierno de Rojas...”, 136.

26 Inravisión, *50 años de la televisión*, 80.

Las obras clásicas del teatro universal, en realidad, tenían la doble ventaja de estar libres de derechos de autor y, según Jorge Orlando Melo, “no sufrían la vigilancia celosa de los censores del régimen”²⁷.

Colombia tenía otras prioridades después de Rojas, quien se refugió en la República Dominicana del dictador Rafael Trujillo. El país quedó por un año en manos de una Junta Militar, que convocó a un plebiscito para legitimar el Frente Nacional, un pacto de alternancia diseñado para detener una guerra sangrienta en la que por lustros habían estado trenzados los dos partidos mayoritarios, Liberal y Conservador. En agosto de 1958, el liberal Alberto Lleras Camargo accedió a la presidencia mediante unas elecciones.

En el contexto global de la Guerra Fría, en los primeros meses del gobierno inaugural del Frente Nacional, empezaron a proyectarse las sombras de la inicialmente deslumbrante Revolución cubana. Identificada la figura de Fidel Castro como el líder de una revolución que expropió a las empresas extranjeras y fusiló a cientos de personas durante los primeros meses de su llegada al poder, incluyendo a algunos de sus colaboradores cercanos, la prensa colombiana comenzó a comparar la naciente dictadura caribeña con la de Rojas Pinilla. Una célebre caricatura de Chapete, publicada en julio de 1960 en *El Tiempo*, titulada

27 Melo, *Historia mínima de Colombia*, 303.

“Un espejo para Fidel”, mostraba al cubano mirándose a un espejo donde aparecía la imagen del general boyacense.

Todo eso perjudicó a la naciente televisión. Quienes estuvieron involucrados en su creación se resguardaron discretamente y algunos se fueron del país. Según Bernardo Romero Pereiro, “las intenciones de Alberto Lleras Camargo eran las de acabar con todo aquello que tuviera la firma del general. El desprecio por ese medio era tal que nos vimos obligados a buscar nuevas fuentes de trabajo, relacionadas con nuestro amor que era el teatro, y olvidarnos por completo de la televisión por un buen tiempo. Luego aparecieron las empresas privadas con ganas de hacer de nuevo televisión, pero ya era una cosa distinta”²⁸.

En contraste con el festín de importaciones de la era Rojas, durante el cuatrienio de Lleras Camargo solo llegaron al país 1600 televisores en promedio por año, ninguno de los cuales fue comprado con dinero estatal. El mercado potencial creció un poco entre 1958 y 1962, cuando la red de transmisores se extendió hasta Bucaramanga, parte de los Santanderes y de la costa Atlántica, y cuando la industria de los contenidos ganó terreno debido a que la programación diaria se amplió desde las 6 de la tarde hasta las 10 de la noche. Pero esos fueron los únicos avances.

28 Inravisión, 50 años de la televisión, 80.

Un poco antes de ese periodo había nacido Punch, creada inicialmente en 1956 como agencia por el publicista Alberto Peñaranda, y transformada con el tiempo en programadora, que transmitió eventos importantes como las eliminatorias a la Copa Mundial de Fútbol de Suecia, en 1957, y la llegada de la Miss Universo colombiana Luz Marina Zuluaga al año siguiente, así como los programas *Telehipódromo* (los domingos), el primer noticiero diario *Repórter Esso* (que duraba 15 minutos), y la telenovela pionera *El 0597 está ocupado*.

Entre 1957 y 1959 aparecieron otras telenovelas, piezas todavía imperfectas del género, alrededor del cual se iba a consolidar la identidad de la televisión en Colombia y Latinoamérica, de las que no quedaron vestigios porque se presentaban en vivo. Como en Estados Unidos y en el resto del mundo, las incipientes telenovelas colombianas surgieron impulsadas por las empresas “jaboneras”, como las llamaba Bernardo Romero Pereiro, basadas en historias traídas de afuera. “Era la misma telenovela que patrocinaban en La Habana, agarraban los libretos y recorrían toda América Latina con los libretos y en cada país la hacían actores locales y en vivo, por supuesto. Así nació una nueva generación de programas dramatizados. Pero eran telenovelas de muy mal gusto, sin ningún contenido. Era la clásica radionovela, pero llevada a la televisión. Por eso muchos actores y directores que tenían una visión intelectual

del medio no quisieron volver a él cuando apareció este tipo de telenovela y se quedaron haciendo teatro, como el caso de Santiago García”²⁹. Solo hasta 1967 se produjo la primera telenovela con tema colombiano, dirigida por Fernando Gómez Agudelo.

En el plano institucional, Lleras Camargo desligó la televisión de la Presidencia y la trasladó al Ministerio de Comunicaciones, mediante el Decreto 1635 de 1960. Al terminar ese gobierno, se podría decir que en los ocho años transcurridos desde su creación el avance del medio había sido lento y aunque el público daba muestras de interés por los contenidos de entretenimiento, ni el Gobierno ni el sector privado habían encontrado una forma de impulsar su desarrollo.

Los contenidos que se ofrecían al público eran de una gama muy estrecha. Las condiciones técnicas apenas daban para tener una televisión plagada de series estadounidenses o documentales donados por distintas embajadas y el contenido nacional era invariablemente centralista, precavido, siempre en vivo, bajo techo, acartonado. Desde el sótano de la Biblioteca Nacional, en la calle 24 con carrera 5 de Bogotá, se transmitían unos programas llenos de estereotipos que aspiraban a irradiar “la cultura” que necesitaba el país, los cuales apenas tenían en cuenta la

29 Inravisión, *50 años de la televisión*, 81.

diversidad de regiones o las idiosincrasias locales. La oferta iba desde el dúo de Emeterio y Felipe, Los Tolimenses, hasta programas “para estimular el intelecto” como *Este mundo maravilloso*, de Enrique Uribe White; *Un imaginario museo de arte*, de Marta Traba y *El lápiz mágico*, de Gloria Valencia de Castaño, una de las figuras protagónicas de la emblemática emisora radial HJCK.

Mal de muchos

Siendo realistas, la infancia de la televisión fue difícil en muchos otros lugares de Latinoamérica y el mundo. Independientemente de las razones y circunstancias que permitieron que surgiera en países como México, Argentina, Chile y otras naciones latinoamericanas, allí también hubo tropiezos y demoras, propios de una tecnología costosa de implementar y sostener. La sola propagación territorial de la señal, que requería la instalación de transmisores y equipos repetidores de microondas en montañas o torres, que no podían estar a más de 50 kilómetros de distancia, fue una gesta titánica en todos los rincones del planeta. Crear seis u ocho horas diarias de programación, los siete días de la semana, fue otro reto igualmente costoso.

En México, el primer país del subcontinente que tuvo televisión, se produjo la transmisión inaugural en agosto de 1950, con cubrimiento únicamente en la ciudad capital. Solo hasta 1959 inició la construcción de una red de extensión nacional, meta alcanzada en 1968, justo a tiempo para transmitir los Juegos Olímpicos que tuvieron lugar en ese país.

En Argentina, la televisión comenzó a operar exclusivamente para la capital Buenos Aires, en octubre de 1951, y después de casi diez años “de precariedad técnica” alcanzó su momento de mayor expansión durante los años sesenta,

según anota la historiadora Mirta Varela. En Chile, la primera emisión se produjo en Valparaíso, segunda ciudad del país, en agosto de 1959, y durante el primer año solo hubo emisiones los viernes. La entidad gestora fue la Universidad Católica de Valparaíso. En los dos años siguientes, dos universidades de la capital, una privada y una estatal, crearon canales experimentales, con transmisiones irregulares hasta 1962. Solo un evento extraordinario como la Copa Mundial de Fútbol de ese año, realizada en ese país, llevó a esos incipientes canales a crear una programación diaria y estable en adelante.

En esos países y en Colombia, la televisión llegó a la pubertad casi de golpe y simultáneamente, a comienzos de los sesenta, como consecuencia de una serie de factores globales: la fabricación a gran escala de televisores, la influencia de la Unesco, la invención de los satélites y la llegada del *videotape* profesional.

Pubertad súbita

La fabricación masiva de televisores recibió impulso definitivo con la entrada de los japoneses, genios de la miniaturización de circuitos y del diseño vanguardista. Atrás quedó el televisor aparatoso, tipo mueble de madera, reemplazado por el dispositivo orgullosamente electrónico, autónomo, con cuerpo de aluminio o plástico y de “líneas aerodinámicas”. El perfeccionamiento de los circuitos internos contribuyó a que los nuevos receptores fueran más nítidos y eficientes, más livianos y, sobre todo, más baratos.

Entre 1963 y 1969 Colombia importó 195 000 receptores, prácticamente todos a través de la isla de San Andrés. En esos años la clase media empezó a aprovechar la posibilidad de traer el primer televisor familiar desde el territorio insular, declarado puerto libre por el propio Rojas Pinilla en 1957. Esto se volvió una costumbre social que pronto dio lugar a una “industria” de personas que viajaban sistemáticamente a traer electrodomésticos, perfumes y licores extranjeros, y que desembocó en la creación de los “sanandresitos”, centros comerciales cuasi legales que al inicio se surtían con los cupos de los viajeros sin presupuesto para compras.

La nueva simplificación de los procesos industriales aportada por los japoneses también permitió el despegue de la fabricación de aparatos en el país, a través de

empresas ensambladoras en Bogotá y Cali, que entre 1966 y 1970 alcanzaron a producir 120 000 televisores, a precios competitivos.

Algo comparable sucedía en todo el mundo. El historiador Ángel Faus Belau calculó que entre 1958 y 1973 el crecimiento medio global del número de televisores en el planeta fue de un 600 %. Según este autor, la masificación de la televisión no fue el resultado de las necesidades informativas o de los objetivos sociales y culturales propios de cada país, sino de una necesidad de consumo generada por un proceso industrial y comercial, de escala planetaria, o por lo menos del mundo capitalista³⁰. Pero también en los países comunistas hubo crecimiento del parque de televisores, incluso mayor, como era lógico en una fase de feroz y delirante competencia ideológica, en el marco de la Guerra Fría. En la Unión Soviética, la cantidad de televisores creció 1200 % en ese periodo, y 1400 % en Europa del Este.

La “entrada a la pubertad” de la televisión mundial fue favorecida asimismo por las recomendaciones de la Unesco, que en 1960 fijó unas “metas inmediatas” según las cuales cada país debía disponer, por cada cien habitantes, de diez ejemplares de diarios, cinco receptores de radio, dos butacas de cine y dos televisores. Eran los parámetros mínimos

30 Faus, *La información televisiva y...*, 443.

para medir el desarrollo de la comunicación, concebidos para beneficiar a más de 1900 millones de personas, el 66 % de la población mundial de entonces, que estaba por debajo de esos niveles. Este elemento de la teoría desarrollista, otro componente de la Guerra Fría, constituyó una forma de presión especial sobre los gobiernos de países de África, Asia y Latinoamérica, entre ellos Colombia, y fue decisivo para que, a finales de la década, once de las catorce naciones y territorios de América del Sur ya hubieran instalado algún sistema propio de televisión.

Desde comienzos de los años sesenta, la Unesco, la United States Agency for International Development (Usaid) y los Cuerpos de Paz de los Estados Unidos impulsaron la televisión educativa en distintos lugares del mundo. Colombia fue uno de los países más beneficiados por estos apoyos, en parte por la buena imagen que tenía Radio Sutatenza en el exterior. Las primeras teleclases de ciencias naturales, matemáticas, ciencias sociales, música, y hasta trabajos manuales, se impartieron en 1961, para estudiantes de primero a quinto de primaria. Se calcula que, en 1968, unos 8000 maestros llegaban a una población estimada de medio millón de estudiantes a través de 1500 televisores instalados en 11 departamentos, según cifras oficiales publicadas por Inravisión³¹.

31 Inravisión, *50 años de la televisión*, 26.

En el terreno tecnológico, el invento de los satélites de comunicaciones, como el Telstar en 1962, tuvo un impacto profundo. Esta tecnología rompió las barreras locales y nacionales a las que había estado sujeta la televisión desde su invención en los años treinta y, en el sentido más amplio posible, cumplieron la promesa esencial de la tele-visión: ‘ver de lejos’. Estos satélites permitieron llegar a audiencias internacionales masivas, de cientos de millones de espectadores, atraídas de manera creciente por las olimpiadas de Tokio (1964) y México (1968), pero sobre todo por los campeonatos mundiales de fútbol en Inglaterra (1966) y México (1970). La era de los satélites dio un impulso gigantesco a las noticias internacionales, las volvió instantáneas y convirtió a la televisión en un medio omnipresente. No es casual que por esos años el teórico canadiense Marshall McLuhan acuñara una frase que describió certeramente la percepción más generalizada: el planeta se convirtió en una “aldea global”.

Colombia solo pudo conectarse al mundo vía satélite a partir de 1970, cuando Telecom inauguró el flamante Centro de Comunicaciones Espaciales en Chocontá, Cundinamarca, y por esa razón estuvo ausente de un hito importante para el resto del mundo en la década de los sesenta: la transmisión en vivo del programa *Our World* (‘Nuestro mundo’), en la que participaron artistas de 14 países, entre ellos The Beatles (que estrenaron en vivo la canción “All you need is

love”), la cantante de ópera Maria Callas y el pintor Pablo Picasso. En la emisión, realizada el 25 de junio de 1967, se enlazaron cuatro satélites que transportaron la señal alrededor del planeta y la audiencia se calculó entre 400 y 700 millones de televidentes.

El país estuvo a punto de quedar por fuera del acontecimiento más importante en la historia de la televisión mundial: la llegada del primer vuelo tripulado a la luna, el 20 de julio de 1969. Solo gracias a una hazaña insólita, la escena de los astronautas caminando sobre la superficie lunar se pudo ver en los hogares colombianos mediante un enlace provisional de microondas, ubicado en el cerro de Las Jurisdicciones, que trajo la señal desde Venezuela.

Equipada con una conexión permanente a través de Chocontá, que comenzó a funcionar en marzo de 1970 la televisión colombiana pudo incorporarse al recién inventado “espacio iberoamericano”, a través el Festival OTI de la Canción, creado por la Organización de Televisión Iberoamericana, durante los años setenta.

Finalmente, el invento más revolucionario de la época fue la grabadora profesional de video (*videotape*), que llegó al país en 1965, el cual creó las condiciones para que la industria de las telenovelas se desarrollara notablemente. Es importante aclarar que una grabadora de *videotape* de entonces era un aparato más grande que una nevera, costoso y pesado, en parte electrónico y en parte hidráulico. Solo

Inravisión y las empresas productoras más grandes estaban en capacidad de importar esa clase de equipos, invariablemente anclados a los estudios de televisión mediante complejos sistemas de cableado e interconexión.

Pese a ello, el *videotape* mejoró las condiciones de producción, liberando a los dramatizados de los constreñimientos de la actuación en vivo, más propia del teatro; facilitó los “efectos especiales”; impulsó el aumento de la calidad y abrió un vasto horizonte de intercambio y comercialización de programas con otros países, especialmente de las telenovelas, que en los años setenta se importaron desde México, Venezuela y Brasil, potencias productoras de la época.

En el terreno institucional y normativo, entre 1963 y 1969 aparecieron varios factores que contribuyeron a la masificación definitiva de la televisión colombiana. En diciembre de 1963 se creó el Instituto Nacional de Radio y Televisión (Inravisión), adscrito al Ministerio de Comunicaciones, que dio un marco legal más estable a las relaciones entre el Estado y las empresas privadas. En 1966 se abrió un segundo canal, privado, en Bogotá, además se amplió la red nacional a ciudades como Neiva, Popayán y Pasto, entre otras. También aparecieron importantes programadoras como RTI, RCN Televisión y Caracol Televisión, que junto a otras compañías homólogas se convirtieron en adjudicatarias de espacios en la parrilla

de programación (en 1967 había 19 programadoras, incluyendo las ya nombradas).

Balance

El principal defecto de nacimiento de la televisión colombiana fue depender directamente del presidente de turno, una enfermedad congénita que lastró su desarrollo a lo largo de los tres años de la dictadura de Rojas Pinilla, el año de la Junta Militar y los dieciséis años del Frente Nacional. Ni siquiera Alfonso López Michelsen aprovechó su paso por la presidencia (1974-1978) para librar al medio del control del Poder Ejecutivo, a pesar de que como empresario sufrió la estrechez política de los primeros años. Esta situación cambió un poco durante la administración de Belisario Betancur, con la Ley 42 de 1985, que convirtió a Inravisión en una entidad asociativa estatal con participación de la sociedad civil, creó los canales regionales y autorizó el funcionamiento de la televisión por cable.

— La supervisión del Gobierno se sintió claramente en la adjudicación de los noticieros y los programas de opinión, entregados con criterios propios del Frente Nacional, e incluso en el contenido de las telenovelas. En palabras de Bernardo Romero Pereiro,

cada gobierno que llegaba trataba de inventarse reglas para ponerles trabas a las telenovelas. Un gobierno se inventó que las telenovelas tenían que estar basadas en obras literarias colombianas. Lógicamente, cuando se hicieron

5 telenovelas se acabaron las obras literarias colombianas para llevar a la televisión. Ya se había hecho *La Vorágine*, *La María*, *El Alférez Real* y no habían más. Empezaron a aparecer un montón de libritos perdidos de algún tío que había escrito algo y de ahí nos agarrábamos para justificar su origen colombiano. Julio Jiménez hizo varias telenovelas basadas en libritos que nadie conocía, para cumplir con esa norma. El siguiente gobierno, el de Alfonso López M., se dio cuenta de la gran embarrada del anterior y tuvo la brillante idea de decir que la telenovela debía ser adaptada de obras de la literatura universal. Para cumplir esa nueva regla muchas empresas “masacraron” obras de Víctor Hugo y muchos otros escritores, y se hicieron obras como *El Jorobado de Nuestra Señora*, *El Extranjero*, *Rasputín* y otras que no tenían nada que ver con nuestro medio. Y lo más risible eran las torres de la catedral de Notre Dame hechas en un estudio minúsculo. Otra vez la telenovela colombiana a llorar porque de esta forma no se podía competir en los mercados externos.³²

La televisión colombiana consiguió superar una infancia difícil, a pesar de los gobiernos. Sin ser un tema prioritario para Guillermo León Valencia (1962-1966) y Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), el medio comenzó a despegar

32 Inravisión, 50 años de la televisión, 81-82.

paulatinamente durante sus administraciones. Como vimos, no es coincidencia: otros países latinoamericanos que habían inaugurado la televisión en los mismos años, pero en circunstancias muy distintas, entraron en una fase expansiva similar, gracias al impulso de los vientos internacionales.

La historiografía que solo mira dentro de las propias fronteras nacionales es muy útil para explicar fenómenos particulares, así como para destacar las hazañas o falencias de los héroes individuales, del Estado o la empresa privada, que sin duda son importantes. Pero esas acciones locales adquieren un valor relativo cuando se miran en el horizonte más amplio de lo que ocurría, no solo en el vecindario continental, sino, incluso, en el planeta entero.

En su calidad de tecnología novedosa para la sociedad colombiana, la televisión es un caso clásico de cómo es posible aplicar la teoría de difusión de innovaciones —cuyos precedentes son autores como Gabriel Tarde³³ y Everett Rogers³⁴— para explicar fenómenos sociales que van desde las epidemias y el uso de la maquinaria agrícola hasta la propagación de la moda o de algún artilugio tecnológico. Según esta teoría, todo dispositivo o idea que sea percibido socialmente como algo “nuevo” pasa por la

33 *Les lois de l'imitation.*

34 *Diffusion of innovations.*

incertidumbre de ser rechazada, adoptada o modificada por los individuos de un grupo social. En ese sentido, la televisión superó ampliamente esa encrucijada.

La transmisión del 13 de junio de 1954, realizada a tiempo y sin percances, fue un gran logro, pero la sorpresa de los espectadores por la novedad del nuevo artefacto pasó pronto. Quedaba por delante un largo proceso que requirió desarrollos institucionales, económicos, tecnológicos, sociales y culturales para convertirse en un fenómeno masivo. Algunos cálculos imprecisos y optimistas de la época señalan que en la noche inaugural había en Bogotá unos 1000 televisores encendidos. Según vimos, las cifras del DANE³⁵ indican que, al terminar la etapa de la pubertad, en 1969 había más de 360 000 aparatos de recepción. Sin embargo, no existe otra forma de inferir el tamaño de las audiencias, ya que las encuestas sistemáticas de sintonía solo llegaron al país en los años ochenta.

Cubrir el territorio nacional con señal televisiva, a pesar de los retos inmensos que representaban tres ariscas cordilleras, requirió grandes inversiones que desde un principio quedaron sobre los hombros de un Estado con múltiples demandas sociales y de orden público. El proceso de extender la señal tardó más de diez años y, en el caso

35 DANE, *Anuario de comercio exterior*, 1969 y dane, *Industria manufacturera*, 1969.

de la isla de San Andrés, veinte. A propósito de San Andrés, hay una anécdota que ilustra los ribetes macondianos de lo que representó la falta de señal en la isla, distante más de 800 kilómetros de la costa colombiana: durante veinte años, el archipiélago estuvo sin televisión. Solo a partir de 1974, cuando se instaló una antena para transmitir en diferido la programación de las cadenas nacionales, los turistas compradores de televisores en los almacenes isleños pudieron escoger el mejor receptor con base en la nitidez de la imagen o la calidad del sonido. Durante más de tres lustros, los viajeros tuvieron que esperar hasta aterrizar de nuevo en el continente para confirmar si habían invertido bien el presupuesto familiar, comprando un aparato que funcionara correctamente. Aun así, el comercio isleño vendió casi un cuarto de millón de televisores.

Dentro de la lógica que imperó entre 1954 y 1974 en el mundo de la comunicación masiva de Colombia, dos hitos históricos posteriores habrían sido radicalmente distintos: la telenovela *Yo soy Betty, la fea* y el surgimiento de internet. Por no estar basada en un libro de “alta cultura”, por exhibir logotipos publicitarios y mencionar marcas comerciales en medio de las escenas, por no haber consultado los gustos de los funcionarios gubernamentales de la época, *Betty* se habría expuesto a cuantiosas multas, prohibiciones y controles de Inravisión y quizás no se habría producido nunca.

En cuanto a la internet, por tratarse de un sistema de distribución de contenidos potencialmente lesivos para la cultura nacional y las buenas costumbres, es altamente probable que el Gobierno habría ideado el “Instituto Nacional de Internet”, un organismo adscrito al Ministerio de Comunicaciones, con una junta nombrada por el jefe del Ejecutivo, para controlar la creación y el funcionamiento de sitios y portales, a través de licitaciones periódicas, cuyas propuestas deberían incluir la hoja de vida de los responsables, la capacidad económica de las empresas y una descripción detallada de los equipos técnicos a su disposición.

En la biografía del actor y animador Álvaro Ruiz, Juliana Chamorro, su compañera de trabajo y primera esposa, recuerda que “el advenimiento de la televisión en Colombia no fue una noticia impactante y fue recibida más bien con escepticismo por los otros medios, como la radio, [los] periódicos y [las] revistas. Algunos sectores no creían en la nueva tecnología que había llegado al país y las reacciones eran consecuentes con las ideas resistentes a los cambios que la vida nos trae”³⁶. Así que, para convertirse en un medio masivo y de impacto en el público, a la televisión no le bastaban las intenciones del Gobierno o de los empresarios privados, ni siquiera las recomendaciones de

36 Chamorro, *Álvaro Ruiz, el hombre...*, 102.

los organismos internacionales. Además de una serie de condiciones materiales (aumento del poder adquisitivo de las familias, electrificación, cobertura de la señal, etc.), el gran reto era conquistar al público dentro de los hogares, arrebatándoselo a la radio, que tenía años de ventaja y ocupaba un espacio enorme en la atención de la gente, con eventos espectaculares como el Campeonato Nacional de Fútbol Profesional, creado en 1948, y la Vuelta a Colombia en Bicicleta, inaugurada en 1951, así como con una programación regular cuyas presentaciones musicales, cómicas o de concurso tenían lugar en radioteatros abarrotados de espectadores. No hay duda de que la televisión superó el reto. Al terminar de escribir estas líneas, en noviembre de 2020, la estadística oficial muestra que la televisión está presente en el 94 % de los hogares colombianos.

Bibliografía

- BUSHNELL, David. *Colombia, una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*. 17.^a ed. Bogotá: Planeta, 2013.
- CARACOL Televisión. *40 años más cerca de ti*. Rosario Pradilla García (coordinadora). Bogotá: Caracol Televisión, 2009.
- CARACOL Televisión. *50 años: la televisión en Colombia. Una historia para el futuro*. Diego Amaral Ceballos (compilador). Bogotá: Caracol Televisión, 2004.
- CHAMORRO de Ruiz, Juliana. *Álvaro Ruiz, el hombre feliz. Memorias*. Bogotá: Cuéllar Editores, 2018.
- DANE. *Anuario de comercio exterior*. Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 1953, 1954, 1955, 1956, 1957, 1958, 1959, 1960, 1961, 1962, 1963, 1964, 1965, 1966, 1967, 1968, 1969.
- DANE. *Industria manufacturera*. Bogotá: Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 1966, 1967, 1968, 1969.
- DECRETO 1635 de 1960. Decreto-ley expedido en ejercicio de las facultades extraordinarias de la Ley 19 de 1958. *Gaceta del Congreso* 226, 13 de junio de 2002. <http://svrpubindc.imprenta.gov.co/senado/index2.xhtml?ent=Senado&fec=13-06-2002&num=226>
- DONADÍO, Alberto. "Samuel %". *El Espectador*, 12 de noviembre de 2010. <https://www.elespectador.com/opinion/samuel-columna-234643/>

- FAUS Belau, Ángel. *La información televisiva y su tecnología*. 2.^a ed. Pamplona, España: Ediciones Universidad de Navarra (Eunsa), 1980.
- FRESNEDA Bautista, Óscar. "Evolución de la estructura de clases sociales en Colombia, 1938-2010. ¿Han crecido las clases medias?". *Sociedad y Economía* 33 (2017): 205-236. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99654715009>
- GONZÁLEZ Pacheco, Fernando y Daniel Samper Pizano. *Me llaman Pacheco. Memorias de 25 años de televisión y 50 años de vida azarosa del más popular de los colombianos*. Bogotá: Pluma, 1982.
- HENDERSON, James. *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2006.
- HUMAR, Alí. *Es mi versión y no la cambio*. Bogotá: Intermedio, 2020.
- INRAVISIÓN. (2004). *50 años de la Televisión en Colombia*, 1 [primera entrega], 76-84. https://issuu.com/reinaldos1960/docs/50_a__os_de_la_televisi__n_en_colom
- LEY 42 de 1985. Por la cual se transforma el Instituto Nacional de Radio y Televisión (Inravisión) en una entidad asociativa de carácter especial y se dictan otras disposiciones. Congreso de la República de Colombia. *Diario Oficial* 36967 del 10 de mayo de 1985.

- MELO, Jorge Orlando. *Historia mínima de Colombia*. Madrid: Turner, 2017.
- RAMÍREZ, Lina. "El gobierno de Rojas y la inauguración de la televisión: imagen política, educación popular y divulgación cultural". *Historia Crítica* 28 (2005): 131-151. <https://doi.org/10.7440/histcrit22.2001.06>
- RODRÍGUEZ Sánchez, Adriana, Ricardo Rodríguez Quintero y Manuel Sevilla Peñuela. "Más televisores que televisión: espacios domésticos y televisión en Cali entre 1954 y 1970". *Signo y Pensamiento* 27, n.º 52 (2008): 145-164. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/3718>
- ROGERS, Everett. *Diffusion of innovations*. Nueva York: Macmillan, 1962
- SÁNCHEZ Vanegas, Julio E. *Historias al aire*. Bogotá: Ediciones B, 2012.
- TARDE, Gabriel de. *Les lois de l'imitation: étude sociologique*. París: Alcan, 1891.
- VARELA, Mirta. *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- VIZCAÍNO, Milcíades. *Historia de una travesía: cuarenta años de la televisión en Colombia*. Bogotá: Inravisión, 1994.

El autor

JOSÉ VICENTE ARIZMENDI CORREA es comunicador social y periodista de la Universidad de La Sabana, tiene una especialización en Televisión del Goldsmiths College de la Universidad de Londres y una maestría en Administración de Empresas, otorgada conjuntamente por las universidades de Temple, EE. UU., y la Pontificia Universidad Javeriana. A lo largo de la década de los ochenta trabajó en producción de televisión en la programadora Promec, en Bogotá, y en los noventa fue director de programación y del noticiero de Procívica TV, en el canal regional Telepacífico, en Cali. Durante once años fue columnista del diario *El País*, de Cali, y desde 2014 dirige la emisora Javeriana Estéreo 91.9 FM, de Bogotá. Ha estado vinculado a la Pontificia Universidad Javeriana desde 2002, ejerciendo cargos como director de carrera, director de departamento, decano y profesor.



Reservados todos los derechos

© Pontificia Universidad Javeriana

© José Vicente Arizmendi Correa

Primera edición:

Bogotá, D. C.; mayo de 2021

ISBN (impreso): 978-958-781-593-1

ISBN (digital): 978-958-781-597-9

<https://doi.org/10.11144/Javeriana.9789587815979>

Impreso y hecho en Colombia

Printed and made in Colombia

Comité editorial

José V. Arizmendi Correa

María C. Conforti Rojas

Dimitri Forero Fuentes

Alexandra Martínez

Nicolás Morales Thomas

Editorial Pontificia Universidad Javeriana

Edición:

Diego Pérez Medina

Cuidado del texto

Juan Sebastián Solano

Diseño editorial:

BOGA visual | Diego Cortés G. y Julián Roa Triana

www.bogavisual.com

Impresión:

Editorial Nomos S. A.

Pontificia Universidad Javeriana. Biblioteca Alfonso Borrero Cabal, S. J.
Catalogación en la publicación

Arizmendi Correa, José Vicente, autor

La televisión presidencialista en Colombia, 1954-1974 / José Vicente Arizmendi. -- Primera edición. -- Bogotá : Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2021. (Colección 90 Ideas)

76 páginas; 17 cm

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN (impreso): 978-958-781-593-1

ISBN (digital): 978-958-781-597-9

1. Televisión colombiana - Historia - 1954-1974 2. Televisión colombiana - Aspectos sociales - Historia 3. Difusión de innovaciones - Colombia 4. Televisión estatal - Colombia 5. Medios de comunicación de masas - Colombia 6. Crítica de televisión - Colombia - 1954-1974 7. Rojas Pinilla, Gustavo, 1900-1975 - Crítica e interpretación I. Pontificia Universidad Javeriana

CDD 384.5509861 edición 21

inp

18/02/2021

Las ideas expresadas en este documento son responsabilidad de su autor y no comprometen las posiciones de la Pontificia Universidad Javeriana.

Pontificia Universidad Javeriana. Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 73 del 12 de diciembre de 1933 del Ministerio de Gobierno. Prohibida la reproducción total o parcial de este material sin la autorización por escrito de la Pontificia Universidad Javeriana.

*

*

*

Crater

*

*

*

*

¶ Esta colección fue compuesta con la tipografía *Alkes**

Nombrada por una estrella e inspirada en el Cosmos

Diseñada por Kaja Słojewska

~

Mayo

2021